

Eufrasia, para consagrar su nueva morada, se puso de rodillas delante de esta imagen y rezó lentamente primero su rosario y después el salmo *Miserere*, que á fuerza de repetirlo, había aprendido de memoria.

—¡No estoy sola del todo!—dijo levantándose y mirando con amor á Jesús crucificado. Dios está en todas partes: Dios está aquí, y puesto que quiere que viva, El me enviará pan.

## XVI

Ya se sabe que los casos de reincidencias son muy raros en las mujeres que han sufrido la pena de prisión, y la cifra sería menor aún si la prisión legase á las infelices que la abandonan un medio de vivir, si al lado del castigo saludable, hallasen un preservativo saludable para el porvenir.

No sucede así: en las casas centrales el trabajo, el santo trabajo, ese auxiliar poderoso de la religión y de la moral, es confiado desgraciadamente á los contratistas, que no ven en él más que el origen de una fortuna fácil. Trescientas mujeres detenidas pueden traer diez mil francos de beneficio al que tiene la contrata de los trabajos: mas para llegar á este resultado es preciso que este trabajo sea excesivo, que cada obrera ha-

ga una sola cosa, siempre la misma, á fin de hacerla con prontitud y perfección.

Así Eufrasia durante diez años, había pespunteado pecheras de camisas, trabajo mecánico en el que se habian gastado sus ojos, es verdad, pero que aseguraba al contratista la clientela de muchos grandes almacenes de lencería: ella salía de la reclusión á los treinta y seis años, con los ojos fatigados, una salud quebrantada, ¡sin oficio y sin recursos! ¡y cuántas otras son así arrojadas cada año á las calles de nuestras ciudades! ¡qué Dios y los hombres tengan piedad de ellas!

Eufrasia fue, pues, á ofrecer su aguja y su pequeña industria á los almacenes de confección de la ciudad: el trabajo no era abundante en esta época del año: así en las seis ó siete primeras casas donde se presentó, le dijeron solamente:

—No tenemos trabajo que dar.

O bien:

—Tenemos ya nuestras obreras.

Eufrasia se retiró tristemente con los pies y el corazón igualmente fatigados.

Al pasar por delante de un hermoso almacén entró, y dirigiéndose al mostrador, dijo á la señora que se hallaba sentada delante, con una voz llena de timidez:

—Busco labor, señora; si quisieráis dár-mela, os quedaría muy agradecida.

El rostro pálido y aún bello de Eufrasia interesó á la señora, que respondió:

—En verdad que necesitamos buenas ofi-



cialas: pero toda la obra que damos es muy fina: son camisas de lujo: ¿sabéis respuntar y preparar á la vez?

—Yo respunteaba muy bien; pero ahora... tengo como una niebla ante los ojos, cuando es preciso contar hilos: por lo que hace á preparar, sólo he cortado camisas de telas gruesas...

—Entonces, pobre mujer, no os puedo dar ocupación: no tenemos tiempo para enseñar porque hay siempre exceso de trabajo: id al fin de esta calle, á casa de madame Jeannim, y Dios os de buena suerte: su almacén se llama *El Aldeano de Artois*.

—Gracias, señora.

Eufrasia se dirigió al instante á casa de madame Jeannim: un hombre de fisonomía ruda estaba sentado al mostrador: la pobre mujer repitió su demanda en tono suplicante.

—¿Costura queréis? por cierto que tenemos, y no poca: pero yo no la doy á desconocidas: ¿traéis vuestros papeles?

Eufrasia vaciló.

—¿No los queréis dar? pues buenos días: no tengo tiempo que perder con vos.

Y volviendo á tomar la pluma, le mostró la puerta.

Eufrasia sacó del bolsillo el desdichado papel que le cerraba todas las puertas, segura de que aquella se le cerraría también: el hombre la miró, se lo devolvió, y dijo:

—Idos de aquí.

La desgraciada se halló de nuevo en la

calle, sin otro pensamiento que el de que se daría por muy contenta con morir.

Durante largo rato estuvo errando á la ventura, sin darse cuenta de lo que hacía: en fin, el sentimiento de la necesidad volvió: suplicó á Dios desde el fondo de su corazón que la asistiera: y buscando con la vista las muestras, entró en una obscura tienda, sobre la cual se leía:

#### TELAS Y CONFECCIONES.

Dos personas, el marido y la mujer, se hallaban en el mostrador. Eufrasia se adelantó hacia ellos con el valor de una persona que intenta un esfuerzo desesperado, les saludó y les dijo:

—Yo desearía trabajar: si me queréis dar labor me contentaré con lo que queráis pagarme: salgo ahora de la cárcel: aquí están mis papeles.

La esposa leyó: fijó en Eufrasia, que toda temblorosa se apoyaba en la pared, una mirada compasiva, y alargó el papel á su marido: éste lo leyó, dió á su fisonomía un aire severo y dijo á media voz á su mujer:

—Ya sabes que no acostumbramos á servirnos de semejantes gentes.

La esposa, que era joven, dijo con tono suplicante:

—Amigo mío, ¡mira qué desgraciada parece!

—Señor, —dijo Eufrasia, —por caridad, dadme algún trabajo: ¿qué haré yo si nadie



quieré ocuparme? ¡tendré que volver á la prisión!

—¡Pardiez!

—¡Ah, caballero! no temo á la reclusión; allí se vive tranquila, y se pueden reparar las faltas: ¡pero es que no quiero hacer lo que es preciso para volver á ella!

—Ese es el acento de la verdad, amigo mío,—dijo la mujer á su marido.

—Tú eres demasiado buena y crédula,—dijo el esposo.

—¡Por esta sola vez, probemos!

—¡Vamos, como quieras! prueba si el corazón te lo aconseja: pero verás cómo te arrepientes.

—No lo creo yo así.

La amable y caritativa joven se levantó, tomó de un estante un paquete de gruesas camisas cortadas, y dijo á Eufrasia:

—Aquí hay una docena de camisas de hombre, de una hechura muy sencilla: dadme vuestras señas.

Eufrasia dijo donde vivía, y presentó con la frente cubierta de rubor el fatal papel: la joven no le miró: se lo devolvió con una sonrisa, y le dijo:

—¡Valor, pobre mujer!

Eufrasia salió con el corazón alegre, y el marido repitió á su mujer.

—He aquí, según todas las apariencias una caridad muy mal colocada.

Eufrasia tenía ya labor, pero la más grosera de todas: esos trabajos de los grados inferiores de la escala, que dan apenas pan,

son los que consumen el tiempo, los ojos, las fuerzas de la obrera: es preciso estar sentada todo el día, con la cabeza doblada, los ojos fijos siempre en la costura, la mano bajándose y levantándose como una máquina, durante doce, catorce, diez y seis horas, para ganar un salario de cincuenta ó sesenta céntimos.

¡Oh! bien lo dice la desgarradora canción que copiamos en la segunda parte de este libro, y que se titula: *¡El canto de la camisa!*

Y sin embargo, Eufrasia no se quejaba de su suerte, ni aun á Dios: la encontraba dulce y soportable para una alma penitente, para un ser que quería y debía espiar tan largo tiempo como le fuera permitido.

Durante el invierno, sus pobres recursos le faltaron muchas veces: no pocos días se halló en una ociosidad forzada, comiendo con temor un poco de pan pagado con lo que le quedaba, y buscando en vano el modo de utilizar su buena voluntad y su pequeña industria: el ama de la casa, á quien pagaba siempre adelantado, y que por esto la miraba con misericordia, le daba á veces algún trabajo, algunos vestidos viejos que componer, algunos quehaceres domésticos que desempeñar: estos eran miseros recursos, mezuño salario que evitaba todo lo más el que Eufrasia se muriese de hambre: pero ella veía cuando llegaban, cómo una intercesión milagrosa de la Providencia. Era el pan de Elías en el desierto, y aunque no le recibie-



se más que miguita á miguita, lo recogía, bendiciendo á Dios.

Nada es perdido para los que viven de la fe: en aquella soledad incesante en que Eufrasia vivía, la oración, su solo consuelo, la aproximaba á Dios: le veía en todos los accidentes de su vida, porque estaba sin cesar presente á su corazón: el sufrimiento también aproxima al cielo, y cuando al fin de un riguroso invierno, Eufrasia se postró enferma con una fluxión al pecho, sintió más que nunca la mano de su divino Amigo, y aceptó la enfermedad con una suerte de alegría, haciéndose este sencillo razonamiento:

—Si crece el mal que sufro, pagaré mis deudas con Dios: si muero me llevará consigo.

Los primeros días pudo soportar el mal y la fiebre sin pedir auxilios; pero un cruel dolor de costado la obligó á acostarse: el ama de la casa subió á su cuarto, y la rogó que la diese un poco de agua de cebada: además las vecinas, con esa compasión generosa que se halla como encarnada en el pueblo, vinieron á su vez, y cada una tomó á su cargo algún pequeño servicio: una mullía la cama, otra cuidaba del fuego, y otra cocía en su casa una tisana, que después de azucarada, ponía al alcance de la mano de la pobre enferma.

Eufrasia empeoró: un obrero, vecino suyo también, fue á buscar al médico de los pobres, un niño corrió á la botica, y otra anciana de la vecindad, fue á ruegos de la en-

ferma, y edificada de la demanda, á prevenir su confesor: todo el mundo se interesaba por ella sin conocerla, y sólo porque era desgraciada.

Una viuda, cuyo cuarto estaba al lado del suyo, adelantó sin decirle nada el dinero necesario para los remedios y los caldos: y cuando Eufrasia, libre de la fiebre, volvió al sentimiento de la vida y de las cosas actuales, se conmovió profundamente al ver la bondad de Dios, manifestada por la bondad de las criaturas.

Su convalecencia fue larga y consumió las últimas monedas, traídas de la casa central de Clermont: no podía volver á trabajar sino muy despacio, y su cuerpo, al que no podía conceder nada de lo supérfluo, no recobraba las fuerzas.

No obstante, estaba resignada, y se tenía casi por dichosa: la luz de la fe le mostraba la eternidad, término de tan doloroso viaje, y sus sufrimientos le aparecían como una moneda preciosa, con la cual rescataba el pasado y pagaba el porvenir.

En los decretos de Dios, la cruz misma es con frecuencia aligerada, y la amargura del cáliz, mezclada de alguna miel: un pequeño socorro ofrecido por la señora para cuya tienda trabajaba, y los mudos testimonios de interés de la viuda Robert, su vecina, sostenían el valor de Eufrasia en los momentos extremos, y le enseñaban la presencia, siempre próxima de su Dios.

—No parecéis estar inquieta, y sin embar-



go, os halláis bien sola!—le dijo un día madama Robert.

—No lo estoy del todo, señora: creo que Dios se halla conmigo.

—Tenéis razón,—repuso la viuda estrechando su mano, Dios no olvida ni los pobres, ni las viudas, ni los huérfanos.

Eufrasia miró su mano que esta honrada mujer acababa de estrechar, y se dijo:

—¡Si supiera lo que esta mano ha hecho! Dios perdona: ¿pero los hombres pueden perdonar? Mme. Robert es muy pobre, debe trabajar mucho; pero ha debido ser siempre buena y honrada, y además tiene una niña, bonita como un ángel... ¡qué dulce consuelo!

Estos pensamientos eran más amargos que la pobreza y que la enfermedad, y aunque deseaba vivamente la amistad de su buena vecina y deseaba verla frecuentemente, lo evitó, y volvió desde que se halló buena á su soledad acostumbrada.

El estio se pasó lento y melancólico, y Eufrasia sentada todo el día al lado de su ventana, desde la cual no veía más que las torres agudas y sombrías del hospital de Valenciennes, se preguntaba cuantos estios sin flores y sin sol vería aún ella sobre la tierra: sólo salía para ir á misa y para buscar labor: cambiaba con sus vecinas raros saludos, y vivía rodeada de un cordón de sanidad, hilado por sus manos y que nadie franqueaba.

Un día, sin embargo, halló en la escalera al pizarrero su vecino. que la saludó diciendo:

—Buenos días, vecina.

—Muy buenos, monsieur Paulin,—contestó afablemente Eufrasia.

El obrero se detuvo, la miró y pareció reflexionar.

—¿Os llamáis Mme. Lahousse?—le preguntó al fin.

—Para serviros.

—¿Sois viuda?

—No,—respondió ella después de vacilar un poco: ¿por qué me lo preguntáis?

—Yo os lo diré: he pensado en un compañero que se llama como vos... Lahousse... Fernando Lahousse, de oficio pintor, y mala cabeza si los hay...

Palideció Eufrasia, y dijo con voz sorda:

—Ese hombre... ese hombre... ¿os ha hablado de mí?

—No, jamás: soy yo quien ha pensado en ello... ese Fernando, ese loco que se burla de todo, ha sido hoy atacado de cólico... el cólico de los pintores, que es atroz... le hemos puesto en una camilla, y le hemos llevado al Hospital: se retorció como una culebra porque sufría atrocemente: á la puerta ha sido preciso decir sus nombres y apellidos: he buscado su cartera en el bolsillo, y he visto que está casado con Eufrasia Senechal, nacidos ambos cónyuges en Rubaix: es vuestro nombre de Eufrasia lo que me ha llamado la atención, porque no es muy común, y me he dicho:

—Este es quizá el legítimo de la vecina, y es por causa de este perdido por lo que



ella está siempre tan triste: porque Fernando es de veras un mal sugeto, sin igual para beber, y debe haber causado muchas penas á una mujer tan buena como vos. ¿No es verdad todo esto?

—Sí,—dijo ella,—es verdad; soy su mujer y no sabía...

—¿Que estuviere tan cerca de vos? Francamente, no perderíais gran cosa; porque Fernando no tiene jamás un sueldo, á causa de que todo se lo bebe. Ahora lo paga bien caro.

—¡Enfermo... y en el hospital!...—murmuró Eufrasia pensativa.

—¿Y dónde había de ir? Ya os digo que no tiene un sueldo ni nada que lo valga; vive en una casa de huéspedes y no se ha cuidado de mandar á la Caja de Ahorros con qué hacerse curar en caso de enfermedad. Este es el fin del obrero sin cabeza... ¡cuánto habéis debido sufrir con él!

Esta insistencia de Paulín, más curiosa que delicada, turbó á Eufrasia, que respondió solamente:

—Siempre hay culpa en estas cosas por las dos partes, monsieur Paulín.

—Por más que digáis, vos sois una buena mujer, laboriosa, arreglada y que habéis debido tener veinte años notablemente bonitos; ¡qué lástima de compañera para semejante bribón! y sin embargo, sentís que se hable mal de él... ¡Ah, si yo hallase una mujer como vos!... basta por hoy, que ya he dicho bastante.

Eufrasia se sonrió tristemente, se despidió del obrero y entró en su cuartito.

.....

¿Qué pasó en su corazón durante aquella noche? ¿qué combate, qué lucha, entre el sentimiento del deber y las pasiones humanas? entre la religión, que manda la humildad y el olvido de las injurias, y el odio orgulloso, que rehusa perdonar y ser perdonado?

La viuda Robert fue despertada por los sollozos de Eufrasia, pero no se atrevió á interrogarla acerca de su dolor.

Por la mañana Paulín vió á su vecina que llegaba á buscarlo, pálida, con los ojos hundidos por el insomnio y las lágrimas.

—Cuando vayáis á ver á Fernando, monsieur Paulín,—le dijo,—avisadme: yo iré con vos.

—Al medio día iremos. ¡Bien decía yo que erais la flor y nata de las mujeres!

## XVII

Fernando Lahousse había pasado una noche de torturas, durante la cual se había temido verle espirar en las angustias de esa cruel enfermedad, más cruel aún cuando